

NOTAS PARA EL DIALOGO



Carlos G. Hirschfeld, S. I.

Este es un problema que a todos atañe porque todos de él participamos. La religión desvitalizada que brota de las aulas apenas si nos llega al ropaje más exterior y difícilmente esa ciencia se hace vida en cada cristiano. Y todos, con la mano en el pecho, tendríamos que añorar una auténtica formación religiosa desde el momento en que palpemos nuestras dificultades en el terreno de la moral y nuestras dudas en los terrenos del dogma. Buscamos una norma moral y un camino, una regla de fe, a que atenarnos y recordamos los tiempos en que supimos el catecismo o los tomos de religión del bachillerato o la carrera. Sin embargo, el problema de la religión, de la formación religiosa, no es problema para los desmemoriados solamente. Es bastante más hondo. Tan problema puede ser para el que se sabe el catecismo como para el que ya lo ignora, o ¿acaso el que lo sabe lo vive más que el que no lo sabe?

La formación es diálogo

No podemos arrebatarse a la palabra formación el sentido de diálogo que entraña. El formador, si lo es, no hace sino detectar puntos por ver si en la acera de enfrente nace el contacto y así tender el puente. Sin embargo, con frecuencia se ha hecho de la religión en vez de un puente de unión un foso de división. Entre tanto que, a un lado y a otro, se entretienen formador y discípulo en cargar sus aljabas. Pero el tiro del arco, como deporte o como defensa, amigos míos, nada tiene que

Formación RELIGIOSA Y VIDA Cristiana

ver con la vida religiosa de un cristiano. El cristianismo no ha de ser para nosotros los cristianos ni una defensa ni menos un deporte. Mas dejemos esto aquí. Y que cada cual piense. Ni está la religión tan desvirtuada intrínsecamente que sólo necesite de apologetas, ni es un muestrario de snobismos.

Y en esto está José Luis Aranguren (1) cuando dice que "la enseñanza de la religión se ha de parecer más que a la de una ciencia a la de una lengua". Porque la religión como ciencia tal vez capacite al cristiano para defender sus dogmas, o tal vez hasta lo convierta en un "teólogo de bolsillo" que receta sus soluciones casi casi como un charlatán callejero. La religión ha de bajar al diálogo y ponernos el dedo en la llaga, hasta conseguir que seamos nosotros mismos quienes a fuerza de vida nos pongamos, no el dedo, sino la mano y el puño sobre el corazón —esa gran llaga—. Y en esta postura nos tomemos cuenta de nuestra vida. Y comience el diálogo.

Religión para todo el hombre.

La religión, el saber religión, el poseer formación religiosa, no es saber una enunciación de dogmas, preceptos, amenazas y promesas, usos, ritos y obligaciones impuestos a los "desgraciados católicos", en tanto que los no católicos gozan de la libertad. Nada de eso. Una formación religiosa así entendida, en manos del pedagogo o del padre de familia, en manos del que se autoeduca, no penetra dentro ni puede abarcar la vida del espíritu. Es una religión sin contenido, una formación amorfa. En resumidas cuentas, una contradicción, una inconsecuencia. Y es muy curioso el dato de que queramos dejar todas nuestras inconsecuencias para Dios.

(1) JOSÉ L. L. ARANGUREN. «*Catolicismo día tras día*».—Reflexiones sobre la enseñanza de la Religión, pág. 21. Ed. Noguer, Barcelona, 1955.

Por eso, la religión, la formación religiosa, ha de ir al hombre entero: a sus sentimientos, sus aficiones, su modo de ser y su talante (2): "ese encontrarse sin saber por qué triste o alegre, confiado o desesperanzado, angustiado o tranquilo, dentro del mundo". Pero este "sin saber por qué" para el cristiano tiene una explicación patente en su modo de ser y en su profesión: porque soy cristiano. No poseedor sin más de una doctrina, sino además de un apellido que me da derecho y me abre las puertas a una vida nueva, a un nuevo mundo.

Sentido olvidado del cristiano

El ser cristiano y sentirse comunitario de una doctrina y de un ambiente es, lo sabemos, bellissimo, pero cuántas veces se nos hace irrealizable en la práctica. Después, con el apellido o sin él, cada cual es cada cual, y en la calle, con frecuencia todos somos iguales. Iguales para lo malo o para la tibieza. Y lo que a lo lejos, y a la luz de nuestra doctrina, supusimos ser un abrazo de hermanos, cercanamente reconocemos como una lucha a brazo partido. Y esto es lo que hay que examinar. No con el ánimo de arreglar el mundo, sino advirtiéndonos y sintiéndonos minoría. Que las minorías nunca arreglan el mundo pero sí con frecuencia le dan ejemplo. Y sintiéndonos minoría dentro del cristianismo, si queremos otra minoría, hemos de arremeter con todo lo que exige ser cristianos. Porque desde sus orígenes no se puede ser cristiano sin estar en violenta oposición con la vida corriente (3): oposición en las diversiones, oposición en la moral, oposición en el sentido e interpretación de la vida.

(2) Usamos el término de ARANGUREN. *Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia*, pág. 20. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1952.

(3) JACQUES LECLERQ: *Diálogo del mundo y Dios*, pág. 165.

Por eso, bien merece una revisión nuestra formación religiosa. Pensar un poco en puntos básicos de lo que es una *formación* para saber así qué necesita ser una *formación religiosa*.

Nos quejamos de las faltas de otros y si de verdad somos sinceros nos avergonzamos y nos quejamos de las nuestras. Pero no vemos que la causa de tantas quejas y malestar no estriba sino en que los otros y nosotros fallamos en la base. Se nos van de las manos los mejores años sin que la sociedad se haya dado por enterada de la aparición o desaparición de un nuevo cristiano. Y esto en la otra vida ha de tener sus consecuencias.

Fe recibida y fe buscada

Nacer con fe es nacer instalados. Parece que el que nace con ella no tiene que enturbiarse el porvenir con la búsqueda precisa de la verdad. Es un hijo de casa grande al que la herencia le viene ancha. La fe no nos ha costado nada. No por eso la vida, la vida cristiana y su lucha, la del espíritu contra la carne, la vida vida, se nos puede prometer fácil. La experiencia nos lo dice. Probemos a dejarnos llevar, y veremos nuestro fracaso.

Y en la sociedad burguesa en que nos toca vivir a más de la mitad de la humanidad hay un sentido de la vida que aunque parezca mentira nada tiene que ver con el sentido cristiano y recto de entender la vida. Pero para que estas cosas sanen hemos de convencernos de que, en este aspecto, burgueses somos todos y que por tanto todos pecamos en esta seguridad que nos creamos a nuestro alrededor: seguridad social en la honesta clase media que vivimos, con buena parte de nuestras necesidades cubiertas, seguridad si queremos económica, seguridad moral, desarrollándonos en un medio ambiente anodino que lleva a un raquitismo espiritual y seguridad sobre todo en el dogma, por la fe de que nos in-

vestimos en el bautismo. Nada habría que objetar a esta seguridad si no atrofiase nuestra actividad espiritual, si no nos dejase instalados, sin más preocupaciones espirituales que las de cumplir buenamente. Si se busca una formación religiosa sólida hay que abandonar este puerto insalubre de la burguesía. Pensando en la responsabilidad que contraemos al estar llamados por cristianos a ser luz en el mundo y sal de la tierra. Con toda la fuerza y toda la actualidad que tienen estas imágenes evangélicas. Pues para que sus discípulos llevaran la vida corriente de un burgués cualquiera no valdría la pena que Cristo viniese a la tierra (4).

La pureza de los cristianos

No está ajena de los manuales de religión, ni mucho menos de las prédicas de los encargados de enseñarla, la educación de la pureza. Se ha escrito y dicho mucho. ¿Demasiado? Quienes juzgan que no se puede hacer de la religión un catálogo de censuras y prohibiciones dirán que demasiado. Los que opinen lo contrario tal vez crean que demasiado poco. ¿Es que una vez más vamos a tomar la vía de enmedio?

Fácilmente confundimos y alternamos en nuestro vocabulario los vocablos espiritual y puro. Y a un ambiente espiritual llamamos puro —así es puro el clima espiritual de un convento de monjas de clausura— y en la altura elevada de una montaña —aire puro y nieve pura— decimos que se respira un ambiente espiritual, que se siente a Dios, etc. ¡Aquí el testimonio de los poetas!

Pero hacemos de la pureza un vocablo restringido como contrapuesto a la vida de la carne. Concretamente hablamos de puro cuando hablamos de casto. Y el hombre y la mujer de la calle —el hombre y la mujer que somos todos— excluimos sin más el vo-

(4) JACQUES LECLERQ: op. y loc. cit.

cablo de nuestra vida. Sin darnos cuenta que la pureza se extiende a la vida entera. Y nos libera de lo grosero y de lo turbio. Puros son y pueden ser los negocios, puro es y puede ser el ambiente de una familia, pura es y puede ser el alma con paz espiritual, con limpia conciencia, puro es y puede ser el que se acerca a Dios. Puro es y puede ser el cuerpo, pero sobre todo puro es y puede ser el corazón. Y esta es la verdadera pureza de los cristianos: la del corazón. La pureza del corazón lleva a Dios en forma tan inmediata que en la ascética se hace símbolo de la unión con Dios. Y en este sentido significa no sólo renunciar a las pasiones bajas y a los bienes temporales —que es el sentido a que estamos acostumbrados— sino sobre todo renunciarse a sí mismo, que es la humildad (5). Y humildad es ver a Dios o por lo menos capacitarse para ello.

Pensar nuestra verdad

La formación religiosa entra dentro de una completa formación humana. Es más es su base y sustento. Y el hombre que estudia religión, como el que estudia historia o como el que se aprende una poesía, la estudia pensando en defenderse: o de los examinadores en un examen o contra posibles impugnadores callejeros. Es decir, estudia para declamar, no para pensar. Y vemos a los hombres de más valer convertidos en declamadores de una ciencia que apenas si han gustado, cuando podrían

(5) JACQUES LECLERQ: op. cit. pág. 104.

ser pensadores sobre una verdad que hubieran hecho suya. Y entonces, cuando el hombre haya tomado el espíritu, el fondo de la religión —que es, ni más ni menos, cuando haya olvidado lo que aprendió en el libro— se encontrará que lo que tiene para declamar no es ni una poesía ni un trozo del Credo, sino al mismo Dios inspirador del Credo.

Función sagrada del cristiano

Pero a Dios no se le declama, a Dios se le predica. Y he aquí que tenemos al cristiano desempeñando una función eminentemente sagrada: la de predicar a Dios entre sus iguales. Para poder llegar aquí el cristiano tiene que hacerse a un camino interior. Tiene que volverse sobre sí mismo, como la raíz se retuerce en el fondo en formas inverosímilmente retorcidas hasta sacar de dentro todo el jugo. El cristiano tiene que recogerse y pensar. Porque en la vida del pensamiento, ahí dentro sólo habla uno: Dios. Dios que habla todavía, pero en el silencio. Y el silencio puede ser el trabajo, y puede ser el negocio, y puede ser la familia y puede ser hasta la misma lucha íntima que uno sostiene consigo mismo, si como resultante no hay más que exclamaciones de ésas: Señor, tu voluntad; Señor, como tú quieras; Señor, tú lo sabes todo; Señor, tú me conoces. Ahí, por esa vía podrá encontrar todo cristiano a Dios y podrá enseñar a otros a encontrarlo. Y una vez con Dios en las manos del corazón ofrecerlo con fe a los hermanos en forma de palabra y en forma de ejemplo.